

NEW LEFT REVIEW 97

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2016

| | ARTÍCULOS | |
|-----------------------------|--|-----|
| BENEDICT ANDERSON | Enigmas de Rojos y Amarillos | 7 |
| MIKE DAVIS | El desierto que viene | 23 |
| ENTREVISTA | | |
| STATHIS KOUVELAKIS | Ascenso y caída de Syriza | 45 |
| ARTÍCULOS | | |
| ALBERTO TOSCANO | ¿Un estructuralismo del sentimiento? | 73 |
| FREDRIC JAMESON | La antiestética de German | 97 |
| SANJAY REDDY Y RAHUL LAHOTI | 1,9 dólares al día: ¿qué significa esto? | 108 |
| CRÍTICA | | |
| ADAM TOOZE | ¿Un pánico más? | 133 |
| REBECCA KARL | Pequeño gran hombre | 145 |
| GREGOR MCLENNAN | Esencia y flujo | 159 |

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

BENEDICT ANDERSON

El primer ensayo publicado de Benedict Anderson, «Malaysia and Indonesia», apareció en NLR 1/28, en 1964, bajo el pseudónimo de Robert Curtis, por obvias razones políticas. En este número publicamos uno de sus artículos más recientes, una explicación enormemente original sobre el insólito conflicto que vive Tailandia entre los «Amarillos», alineados con el nexo Palacio-Ejército, y los «Rojos», alineados tras el exprimer ministro Thaksin y su familia. Nacido en 1936 en China, criado en California y el sur de Irlanda, titulado por Cambridge y Cornell, Ben obtuvo el mayor reconocimiento con Imagined Communities (1983), una reflexión «sobre el origen y la difusión del nacionalismo». Especialista en el sudeste asiático—Jave in a Time of Revolution (1972) fue una de sus primeras obras importantes—, mostró la modestia que lo caracterizaba en la presentación del libro, con sus «pretensiones supuestamente globales»; pronto se convirtió en un clásico, un punto de referencia fundamental para cualquier nuevo libro sobre el tema. Los lectores de la NLR son perfectamente conscientes del excepcional alcance de los intereses de Ben y de la insaciable curiosidad con la que los abordaba, superando fronteras tanto territoriales como lingüísticas, en estudios sobre países y literaturas, movimientos políticos e instituciones culturales. El Nuevo Orden de Suharto y la situación de la izquierda poscomunista en Indonesia y Tailandia; los nacionalismos orientales y occidentales; las redes que relacionan a los anarquistas americanos y españoles con la revolución anticolonial en el sudeste asiático; una visión global y explosiva de finales del siglo XIX en las novelas del filipino José Rizal; la dúctil geopolítica cultural del Premio Nobel de Literatura, son solo una muestra del trabajo que ha aparecido bajo su firma en la NLR. A esto debería añadirse el análisis de la masacre cometida en septiembre de 1965 en Indonesia, uno de los episodios de violencia contrarrevolucionaria más extremos del siglo XX (NLR 1/36): redactado para la NLR por Peter Wollen, bajo su seudónimo Lucien Rey, este dossier fue uno de los primeros publicados en el mundo, basado en el confidencial «Cornell Paper» escrito conjuntamente por Ben y su colaboradora Ruth McVey. Indonesia fue para él un hogar y el centro de su política antiimperialista; se convirtió, decía él, en una especie de nacionalista indonesio; habría sido imposible publicarlo con su verdadero nombre. Expulsado por ser, en todo caso, uno de los críticos más acérrimos del régimen de Suharto, Anderson desvió sus energías hacia otras partes del sudeste asiático, principalmente Tailandia y Filipinas. Al final pudo regresar, con honores, a Indonesia; murió en paz el 13 de diciembre pasado en Java, en cuyo mar se esparcieron sus cenizas. Pero en Bangkok vivió la última fase de su vida, y Tailandia se convirtió en uno de los principales focos de su investigación y de su compromiso crítico, materializados en ensayos y conferencias como la que aquí se incluye, publicada en memoria de un estudioso cuya modestia era tan grande como su erudición, un apasionado intelectual de izquierdas que pensaba escribir su próximo libro en indonesio, y un hombre con un raro don para la amistad.



ENIGMAS ROJOS Y AMARILLOS

DE NIÑO, me fascinaba Sherlock Holmes¹. Se drogaba, por supuesto –muy escandaloso– pero era extremadamente inteligente. Me asombraba lo que le decía a Watson, un personaje menos brillante: «Cuando busques la solución de un problema, no mires lo que ves. Mira lo que no ves». Cuando empecé a investigar y a dar clase, lo primero que les decía a mis alumnos era: «Mirad lo que tenéis delante, pero pensad en lo que falta». Y entonces empezaban a ocurrir cosas muy interesantes. En la lucha por el poder político en Tailandia entre Rojos y Amarillos –que se mantiene desde hace unos quince años, y se ha ido acalorando, haciéndose más violenta, con enormes movilizaciones y una encendida oratoria– comprendí que faltaba algo.

El vocabulario utilizado por ambos bandos es muy desagradable. Por ejemplo, a Yingluck Shinawatra, primera mujer que ejerció el cargo de primera ministra en Tailandia, los Camisas Amarillas la llamaron en una ocasión prostituta, y dijeron de ella que era muy tonta y una simple marioneta de su hermano, Thaksin². Los insultos contra los hombres son igualmente duros: reptil, idiota, gánster, homosexual, traidor, cobarde, sucio perro, corrupto, inculto, todo tipo de cosas. Pero hay una palabra que no aparece, a pesar de no ser muy fuerte: *jek*. Es una denominación antigua que designa a un chino de origen. Si uno viaja por las zonas rurales de Tailandia verá carteles que dicen «estupendo restaurante *jek*», y nadie se ofende, aunque a los ricos burgueses chinotailandeses no les

¹ Esta conferencia se pronunció en marzo de 2014 en la Escuela de Política Pública y Gestión, Universidad Tsinghua, Pekín, con el título «The Paradox of Overseas: The Strange Politics of Different Chinese Clan Groups in Thailand» [La paradoja de ultramar: la extraña política de diferentes grupos de clanes chinos en Tailandia].

² Thaksin Shinawatra (n. 1949): empresario multimillonario, fundador del partido Thai Rak Thai en 1998, primer ministro de Tailandia entre 2001 y 2006.

gusta usar el término. ¿Por qué no entra, entonces, en el discurso político? Asombrosamente, otro término se ha vuelto muy popular en los últimos treinta años, aproximadamente: *luckchin*, que significa hijo o hija de chinos. Los estudiantes y los intelectuales que pertenecen a la diáspora china han empezado a pedir que se haga referencia a ellos con ese término. Tailandia está lleno de minorías, cincuenta o sesenta al menos, pero nunca se llaman a sí mismos hijo de esto o de aquello.

Periodistas e investigadores, tanto extranjeros como nacionales, han planteado distintas explicaciones para el odio y la violencia presentes en la política tailandesa: es una lucha entre la dictadura y la democracia, entre conservadores y populistas, entre monárquicos y republicanos, entre la honradez y la corrupción, o entre una clase y otra. Se trata de explicaciones, en el mejor de los casos, parciales, y ninguna de ellas capta toda la verdad. Otra teoría habla de la arrogancia de Bangkok respecto al resto del país, que ciertamente tiene que ver. Pero esto no puede explicar por sí solo el aspecto más llamativo del enfrentamiento político, que es la distribución regional del apoyo a Rojos y Amarillos. El sur está completamente en manos de estos últimos; Bangkok es también sólidamente amarilla; pero el norte y el noreste de Tailandia son baluartes de los Rojos. No hay explicación en términos de conflicto de clase capaz de explicar verdaderamente esta polarización, y tampoco tiene nada que ver con la democracia. Los comentaristas no hablan de esta dimensión regional, a pesar de ser evidente desde hace mucho tiempo.

Un encuentro durante una visita a Tailandia me animó a pensar sobre esta cuestión. Me trasladaba al aeropuerto de Bangkok; el taxista era un chino mayor, residente en el barrio chino local. Empezamos a hablar de la situación política y le pregunté a quién apoyaba. Me contestó: «Por supuesto, a Thaksin», el líder de los Rojos. ¿Le gustaba su política, sus intentos de proporcionar mayores servicios sociales, sanidad para los pobres, y demás? «No, lo apoyo porque es *hakka*, como yo. Ahora mismo, los *hakkas* somos los únicos honrados que hay en Tailandia. Trabajamos mucho, tuvimos la valentía de luchar contra los manchúes, no torturábamos los pies de nuestras mujeres, no somos pretenciosos». Entonces le pregunté qué opinaba sobre Abhisit Vejjajiva³, líder del bando amarillo, a quién tachó de «maldito *hokkien*»; los miembros de este grupo eran perezosos, y poco fiables en sus tratos con los demás. Mi taxista mostró una hostilidad similar

³ Abhisit Vejjajiva (n. 1964): primer ministro de Tailandia en 2008-2011 y actual líder del Partido Demócrata.

contra Sondhi Limthongkul, otra figura política muy importante⁴. «Es hailamés. Son sucios, nunca se lavan; son ignorantes, tontos y crueles». Llegado ese punto, reuní el coraje necesario para preguntarle por el rey: «Es *teochew*, y son unos oportunistas que siempre se juntan a quienes son más importantes que ellos para chupar. Son unos cobardes que solo vinieron aquí porque no pudieron asentarse en Vietnam, Indonesia o Filipinas». Por último, le pregunté qué pensaba de los thais rurales. «Son buena gente, pero muy distintos de los chinos; están contentos siempre que tengan abundante comida, abundante alcohol y abundante sexo. No les interesa la política». «¿No significa esto –le dije– que su visión de la política tailandesa es como el *Romance de los tres reinos*, la novela clásica china sobre caudillos enfrentados?»⁵. Se mostró de acuerdo. De modo que los cuatro principales actores de la política tailandesa procedían de uno u otro grupo de la diáspora china, y mi taxista odiaba a tres de ellos, pero no al que era un *hakka* como él, Thaksin⁶. Esto me llevó a preguntarme por la identidad de los chinos de origen en Tailandia, y cómo encajan en la sociedad tailandesa.

La historia empieza hacia el final de la dinastía Ming, cuando los últimos y más valientes enemigos de los manchúes empezaron a huir de lugares como Guangdong y Fujian, en el sur de China. Sabían que habían perdido la batalla y podían prever qué castigo les impondrían, de modo que abandonaron por completo el Reino Medio. Los cantoneses se dirigieron principalmente por la costa hacia Vietnam; los *fujian* o *hokkien* llegaron más lejos, a Camboya, Indonesia y Filipinas; los *teochews* los siguieron. Los *hailameses* y los *hakkas* llegaron un siglo más tarde⁷. Por supuesto, sabemos

⁴ Sondhi Limthongkul (n. 1947): magnate de los medios de comunicación y líder de la Alianza Popular por la Democracia, enfrentada a Thaksin.

⁵ El *romance de los tres reinos* fue traducido al tailandés durante el reinado de Rama I.

⁶ *Hakka*: literalmente «extranjero», un grupo originario de una serie de migraciones desde el norte hasta el sur de China en los pasados dos milenios; los *hakkas* no vendaban los pies de las mujeres, que en algunos aspectos eran más libres que otras mujeres han. *Hokkien*: *fujian* en pinyin estándar; este grupo lingüístico es originario del sur de Fujian. *Hailamés*: *hainanés* en pinyin; de la isla de Hainan. *Teochew*: *chaouzhou* en pinyin; originalmente de la región de Chaoshan, en el este de Guangdong. Un especialista calculaba que la población chino-tailandesa, que ronda el 14 por 100 del total, se componía aproximadamente del 56 por 100 de *teochews*, un 16 por 100 de *hakkas*, un 12 por 100 de *hailameses*, un 7 por 100 de *hokkiens*, un 7 por 100 de cantoneses y un 2 por 100 de otras procedencias: George William Skinner, *Chinese Society in Thailand: An Analytical History*, Nueva York, 1957.

⁷ Los cálculos oficiales sobre el número de personas de origen chino en países del sudeste asiático son muy aproximados. Varían de alrededor del 75 por 100 en Singapur, al 24-30 por 100 en Malasia, el 3-18 por 100 en Birmania, el 14 por 100 en Tailandia y el 1-3 por 100 en Indonesia, a menos del 2 por 100 en Filipinas, Camboya, Vietnam y Laos.

muy poco acerca de lo que aquellas personas que abandonaron China en aquel momento pensaban de hecho respecto a su propia identidad, porque eran mayoritariamente analfabetas. Hay una ilustración sobre esto en los primeros días de la colonización española en Filipinas. Los comerciantes de Fujian iban y venían de Manila a Guangdong, sacando buenos beneficios de sus viajes. Los españoles les preguntaron quiénes eran, y los comerciantes respondieron «somos *sengli*». En su idioma, significaba simplemente comerciantes o mercaderes. Pero los españoles pensaron que era su etnia, de modo que en el siglo XIX se hacía referencia a ellos como *sangleyeses*, hasta que alguien señaló que habría que cambiarles la denominación y llamarlos chinos. El que se identificasen simplemente como comerciantes y no dijese nada respecto a que fuesen fujianeses o chinos, sugiere que no tenían mucho sentimiento de pertenencia a un grupo más amplio; su identidad meramente abarcaba su familia, su aldea local, etcétera. Pasó mucho tiempo antes de que eso cambiase.

Orígenes de los chinos emigrados a Tailandia



Fuente: Mary Somers Heidhues, *Southeast Asia's Chinese Minorities*, Melbourne, 1974



El éxodo desde China fue seguido por otro cambio muy importante. La historia moderna de Siam empieza en 1767, nueve años antes de que Estados Unidos se independizase de Reino Unido. Ese año, un enorme ejército birmano asaltó, saqueó y quemó la antigua capital del reino de Ayuthaya. Buena parte del reino vencido cayó entonces bajo ocupación birmana, y Siam atravesó años de caos y devastación. Toda la aristocracia nativa del viejo régimen fue eliminada. Con el tiempo, un chinotailandés con dotes militares, conocido hoy como Taksin el Grande, empezó a expulsar a los birmanos con ayuda de expertos marinos chinos que se habían establecido en el sureste de Siam. Taksin sigue siendo muy venerado en Tailandia, pero se mostró muy cruel y paranoico una vez autocoronado rey. Tras un reinado que duró catorce años, fue derrocado en 1782 en un golpe palaciego dirigido por uno de sus generales, y ejecutado junto con todos sus parientes. El general que sustituyó a Taksin fundó la dinastía Chakri, vigente todavía hoy; convirtió Camboya en un estado vasallo de Siam, y es conocido para la posteridad como Rama I.

Taksin era hijo de un *teochew* y una mujer local, y su sustituto era también de origen *teochew*. Fue el único caso en todo el sureste asiático en el que un chino de origen se convirtió en monarca local; Taksin solicitó de hecho varias veces el reconocimiento de Pekín, pero los gobernantes chinos se mostraron muy reacios a dárselo, porque no les gustaba la idea de un rey chino fuera del Reino Medio. Hizo todo lo posible por animar a los demás *teochews* a trasladarse a la nueva capital, que era una ciudad portuaria donde el comercio se expandía con mucha rapidez. Esta capital fue de hecho la predecesora de la moderna Bangkok. Tener un rey propio supuso de hecho un enorme avance para los *teochews*, antes considerados pequeños e insignificantes por las demás comunidades chinas. Se convirtieron en el grupo dominante entre los chinos de origen en Siam; establecieron lazos matrimoniales con familias de alcurnia y recibieron cargos importantes en la Corte. Hasta bien entrado el siglo XIX, los monarcas Chakri siguieron usando en los documentos de Estado importantes un sello rojo procedente del clan chino Zheng⁸. Solo con el ascenso del nacionalismo se volvió embarazoso admitir que el rey podría ser inmigrante, y los Chakri empezaron a ocultar los orígenes chino-tailandeses de su dinastía.

Los *hokkiens* que, como los *teochews*, se habían concentrado en Chanthaburi, cerca de la actual frontera entre Tailandia y Camboya, empezaron entonces

⁸ Taksin el Grande tenía el mismo nombre de clan.

a trasladarse hacia la costa sudoccidental de Tailandia, atraídos por el aumento de la minería en esa región. También se extendieron más al sur, hasta Penang y Singapur. Los acontecimientos vividos en China precipitaron nuevas oleadas de emigración en el siglo XIX. La colosal rebelión de Taiping provocó una violencia tremenda, en especial por parte de los generales enviados para aplastarla, y causó una enorme agitación en todo el sur de China. Fue entonces cuando empezaron a llegar los *hakkas*, con la esperanza de huir de los manchúes. Se establecieron primero como agricultores en un área situada al oeste de Bangkok, cerca del océano Índico, pensando que allí estarían a salvo de los manchúes; más tarde se trasladaron al oeste de Tailandia. Los *hailameses* viajaron en la misma dirección, pero llegaron al extremo sur. Aunque eran los más pobres de todos estos grupos, tenían una gran ventaja: su inmunidad a las enfermedades tropicales. El sur de Tailandia sigue hoy en día controlado por *hokkiens* y *hailameses*, y todos los líderes de los Camisas Amarillas proceden de esta región. Periódicamente, los manchúes anunciaban que cualquier emigrado que decidiese retornar a China sería ejecutado sumariamente, de modo que no tenían muchos incentivos para volver.

Los chinos de origen más importantes en Tailandia, que mantenían estrechos lazos con la monarquía, manejaban el comercio del país y cosechaban los beneficios de un monopolio controlado por la Corte. Pero en 1855, los británicos llegaron a Bangkok y lanzaron un rotundo ultimátum a Rama IV, ordenándole derogar el monopolio real. Un diplomático en particular, John Bowring, es más conocido fuera de Tailandia por haber acuñado el lema «El libre comercio es Jesucristo, y Jesucristo es el libre comercio». Se rompió el monopolio comercial de la Corte, lo que dificultó la situación para aquellos chinos acostumbrados a trabajar bajo el patrocinio real. Por la misma época, Reino Unido obligó a abrir los puertos del sur de China con las guerras del Opio. La posición de Colombia en el actual tráfico de drogas no es nada comparada con la escala a la que comerciaban los británicos: por toda la costa occidental tailandesa, hasta Penang y Singapur, el principal producto de importación pasó a ser el opio procedente de la India dominada por los británicos. Hubo que diseñar un nuevo sistema para manejar el comercio, basado en los arrendadores de impuestos, a quienes se les daría derecho a extraer tantos impuestos como pudiesen de la población local, a cambio de una tarifa que pagaban al gobernante. Por supuesto, tendrían que ser muy ricos para pagar la licencia, pero una vez obtenida, podía ser muy lucrativa. Los chinos de origen que se hicieron con estos arrendamientos de

impuestos necesitaban también mucha mano de obra, jóvenes duros para proteger el territorio y asegurarse de que el jefe obtenía todo lo que esperaba. El comercio del opio fue tan próspero, al menos para la Corte, que desde la década de 1870 hasta mediados del siglo XX, cada año, aproximadamente el 50 por 100 del presupuesto estatal procedía del opio.

Durante el reinado de Rama V, que duró de 1868 a 1910, se mantuvo la política de fomentar la inmigración de chinos pobres y analfabetos para trabajar en las plantaciones comerciales de azúcar y construir instalaciones portuarias y una nueva red de transportes por carretera y ferroviarios. La política del rey siguió en gran medida la senda de los británicos en Malasia y los holandeses en Sumatra; era suficientemente astuto como para comprender que al importar trabajadores extranjeros evitaba perturbar en exceso la semifeudal sociedad rural tailandesa. Como resultado, la primera clase obrera del país fue casi por completo china, y siguió siéndolo hasta la Segunda Guerra Mundial. Inicialmente, a los chinos no se les permitía consumir opio, pero a estos hombres jóvenes empleados en proyectos de construcción, solos y desesperados, les resultaba difícil resistirse a tales tentaciones. También fue un modo inteligente con el que los jefes mantenían los salarios dentro de Siam; había un arrendamiento de los impuestos sobre el alcohol, un arrendamiento de los impuestos sobre la prostitución, un arrendamiento de los impuestos sobre el juego con apuestas. La mayoría de estos jóvenes, si no morían enseguida, acababan siendo muy pobres, y su dinero iba a parar a los bolsillos de las organizaciones de arrendamiento de impuestos. Se produjo un enfrentamiento por el control del opio entre las sociedades secretas que los tailandeses llaman *ang yi*, cuyos jefes usaban a algunos de los jóvenes de sus propios grupos como fuerza para golpear o matar a cualquiera que amenazase los diversos arrendamientos de impuestos⁹. Puesto que siempre había fricción entre el jefe de un lugar y el jefe de cualquier otro lugar, la cantidad de violencia era increíblemente elevada, porque las sociedades secretas se enfrentaron constantemente, llegando a quemarse las poblaciones entre sí, hasta finales del siglo XIX. Eran grupos muy peligrosos, acostumbrados a luchar con todos los métodos concebibles. Solo uno

⁹ *Ang yi*: versión dialectal de *hong zi*, que recibieron su nombre a partir del primer emperador –Hongwu– de la dinastía Ming, y estaban formados por grupos que huyeron o se resistieron al derrocamiento de la dinastía Ming y a la conquista de China por parte de los manchúes en el siglo XVII.

de los policías británicos que ya habían organizado la supresión de las sociedades secretas en Singapur logró controlar el fenómeno. Oficialmente, las *ang yi* más o menos desaparecieron; en realidad, persistieron, y volverían a aflorar durante la Gran Depresión.

Las presiones del siglo XX

La caída de la monarquía china en 1911 supuso un enorme golpe para los habitantes de Bangkok. Fue seguida de una asombrosa huelga general de trabajadores y comerciantes chinos que protestaban contra los nuevos tributos impuestos por el juerguista y dispendioso Rama VI. Poco después, el rey publicó bajo seudónimo dos panfletos, uno de los cuales tachaba a los chinos locales de ser «los judíos de oriente» y el otro llamaba a los propios chinos a no dejarse influenciar por el nacionalismo de Sun Yat-sen y a permanecer leales al trono. En las décadas posteriores a la Primera Guerra Mundial, se produjo otra enorme afluencia de migrantes procedentes de China. Alrededor de 100.000 personas llegaban a Bangkok cada año, una entrada mucho mayor que cualquiera de las ocurridas con anterioridad, pero ello no cambió realmente la distribución básica entre los grupos.

En Bangkok, por ejemplo, los *teochews* controlaban el 97 por 100 de las casas de empeños, y una proporción similar de los molinos de arroz; también suponían el 92 por 100 de los médicos chinos. Los aserraderos para el negocio de la madera estaban abrumadoramente en manos de *hailameses*: el 85 por 100. Los especialistas en el negocio de los cueros, por otra parte, eran en un 98 por 100 *hakkas*, al igual que nueve de cada diez sastres. Aproximadamente el 59 por 100 de los talleres mecánicos estaban en manos de cantoneses; el 87 por 100 de los exportadores de caucho eran *hokkiens*. De modo que estas comunidades chinas se distinguían muy nítidamente por su ocupación; las dominantes, en especial, hacían todo lo posible por asegurarse de que no entrasen otras con intención de disponer de molinos de arroz o casas de empeños propios. Había mucha tensión, pero una ventaja de este periodo fue que la creación de los ferrocarriles y la red de carreteras permitía a las personas alejarse mucho más del centro que antes. El ferrocarril que llegaba hasta el extremo norte del país empezó a trasladar *hailameses* y *hakkas*. Thaksin, el líder rojo, es un *hakka* cuyo abuelo había viajado al norte, casi hasta la frontera con Laos.

La década de 1930 fue un tiempo difícil para los chinos de origen, porque estuvieron sometidos a mucha presión para que ayudasen durante la invasión japonesa de China y la horrible ocupación que siguió. Se desató un enfrentamiento entre quienes apoyaban a Chiang Kai-shek y aquellos que simpatizaban con Mao Zedong. Los miembros más ricos y prósperos de la diáspora estaban más cerca de los nacionalistas, mientras que los demás tendían a inclinarse por Mao y los comunistas. Esto les planteaba una cuestión a todos los recién llegados: ¿qué vas a hacer con tu identidad? Había presión, por un lado, para decir que eran simplemente chinos en el extranjero, y por otro, para pensar: «Podemos ser prósperos y puede irnos bien aquí, quizá deberíamos ser leales al país en el que nos hemos asentado». Esta cuestión nunca se ha resuelto por completo. Después de la Segunda Guerra Mundial, se puso en duda la lealtad de muchos chinos al sistema tailandés. Los gobernantes del país ya no eran monarcas absolutos; el poder había pasado a los militares. El ejército, la policía y los servicios de inteligencia desconfiaban de los chinos, a quienes consideraban espías o agitadores en potencia, y a quienes acosaban a menudo. De hecho, los fundadores del Partido Comunista Tailandés eran en esencia obreros pobres de Bangkok y el área circundante, y no iniciaron las actividades guerrilleras hasta mediados de la década de 1960.

Para entonces, la economía de Tailandia estaba casi por completo en manos de diferentes grupos de habla china; no así su sistema político. Estos grupos carecían de influencia política real, en especial durante las dictaduras militares. Muchos chinos de origen querían que sus hijos fuesen algo más que comerciantes: que se convirtiesen en abogados, médicos, jueces, profesores y burócratas. Los negocios no se consideraban una ocupación socialmente elevada: mejor tener un título, ser un médico de esto o un profesor de aquello. Una de las razones por las que los chinos intentaban establecer lazos estrechos con la monarquía tailandesa era la esperanza de obtener títulos de estilo feudal a cambio de financiar algunas de las actividades de dicha monarquía. A menudo los chinos de segunda generación enviaban a sus hijos a estudiar a universidades británicas y estadounidenses. Durante la Guerra Fría, los estadounidenses decidieron que Tailandia necesitaba más universidades: había solo dos, y era muy difícil entrar en ellas. En cuestión de cinco o seis años, se construyeron universidades por todo el país, y el número total de estudiantes aumentó de 15.000 a 100.000. Esto ofreció más oportunidades a todos los tailandeses, pero en especial a los

grupos de origen chino, que podían ahora ir a la universidad en el propio país, cuando antes no habían tenido ninguna oportunidad real. Durante mucho tiempo, la monarquía demostró ser muy hábil. En el museo nacional de Bangkok hay una entrañable exposición fotográfica sobre la historia de Tailandia, pero en ella no hay tailandeses, solo el nombre de cuatro reyes. Tailandia no tiene héroes nacionales, algo que resulta muy asombroso, pero que facilitó la absorción de los migrantes chinos. Las cosas empezaron a cambiar cuando el régimen militar se vino abajo, en 1973, y los principales generales tuvieron que salir del país. Se produjo un enorme levantamiento popular en Bangkok, apoyado por habitantes de casi todas las clases, y por primera vez se estableció un gobierno verdaderamente democrático. Se celebraron unas elecciones en las que socialistas y liberales obtuvieron escaños en el parlamento nacional.

Fue el momento crucial en el largo reinado de Rama IX, que había ascendido al trono en 1946. Poco después, la Indochina estadounidense se vino abajo, Laos abolió su monarquía, y las fronteras orientales de Tailandia estaban rodeadas de países comunistas. Esto alimentó en los círculos monárquicos la paranoia por el futuro de la monarquía, y el rey llamó a los matones. En 1975-1976, activistas de derechas empezaron a matar a políticos, estudiantes y sindicalistas de izquierdas. El 6 de octubre de 1976, bandas organizadas –incluidos miembros de la Policía de Fronteras, cuya patrocinadora era la reina madre– atacaron la Universidad Thammasat de Bangkok y se dedicaron a matar estudiantes a plena luz del día. Mataron a más de cien personas; los cadáveres fueron colgados en el parque más grande de la ciudad, con marcas de las torturas más terribles. No hace falta decir que nadie fue castigado por estos crímenes. Esa noche se instaló un golpe militar con el pláceme de Rama IX, que insistió en escoger a su propio primer ministro, un juez acérrimamente anticomunista. Cientos de estudiantes escaparon de Bangkok para unirse a los maquis comunistas en lugares distantes del país. Al fin, estos jóvenes retornaron en su mayoría a la ciudad cuando el Partido Comunista Tailandés fue traicionado por Deng Xiaoping, que buscaba aliarse con Tailandia contra los vietnamitas¹⁰.

Desde la desaparición del movimiento comunista y el final de la Guerra Fría en Asia no ha habido ningún partido de izquierda en Tailandia; todos son conservadores y neoliberales. Fue una época perfecta para

¹⁰ Véase Benedict Anderson, «Radicalism after Communism in Thailand and Indonesia», *NLR* 1/202, noviembre-diciembre de 1993.

la burguesía, china o de cualquier otro tipo. Un signo de ello fue la enorme expansión de los bancos: tenían sucursales por todo el país, y sus edificios eran a menudo más grandes que los de los gobernadores provinciales. Para quienes deseaban entrar en política, en especial los chinos, esto era ideal; podían pedir mucho dinero prestado para pagar a quienes les ayudaban. Estos individuos se convirtieron en una especie de pequeños caudillos, con intereses en el sector inmobiliario, en el juego con apuestas, en el contrabando y demás, y eran de hecho inmunes a las policías locales. Estaban ansiosos por convertirse en parlamentarios, donde tendrían más oportunidades de obtener cargos más elevados y financiación para proyectos de distintos tipos. No tenían problemas para trasladarse de un partido a otro si hacía falta. Fue la primera vez que a alguien le parecía útil hacerse político en Tailandia. Estos «diputados» dependían de sus propias familias en las incesantes luchas por el poder, y los principales políticos ocupaban cualquier cargo posible con parientes y amigos íntimos, como siguen haciendo en la actualidad. En este periodo, cuando los pequeños empresarios se convertían en empresarios mucho más grandes, usaban los mismos métodos que las *ang yi* de tiempos anteriores. En las décadas de 1980 y 1990, por primera vez desde el siglo XIX, los asesinatos en Tailandia no eran verticales: no se trataba de reprimir a la izquierda, sino de empresarios que querían ser políticos y se enfrentaban a sus rivales con asesinatos cometidos por pistoleros a sueldo, emboscadas y atentados con bomba¹¹.

El ascenso de Thaksin

Llegó entonces la crisis financiera asiática de 1997-1998, desencadenada por acontecimientos que tuvieron lugar en Tailandia. El baht perdió la mitad de su valor, la Oficina de Propiedades de la Corona sufrió enormes pérdidas, y la economía nacional se hundió. En medio de esta agitación empezó su ascenso meteórico Thaksin Shinawatra. Explicía de origen *hakka*, Thaksin se había convertido en el hombre más rico de Tailandia gracias a una concesión de telefonía móvil cuasi monopolística que obtuvo bajo el último régimen militar. Tras fundar su partido, Thai Rak Thai (Los tailandeses quieren a los tailandeses), reclutó a un grupo de exizquierdistas que habían formado parte de los maquis y estaban ansiosos por convertirse al fin en líderes. Thaksin anunció una serie de medidas «populistas» dirigidas a las masas, como una sanidad barata

¹¹ Véase Benedict Anderson, «Murder and Progress in Siam», *NLR* 1/181, mayo-junio de 1990.

y la cancelación o el aplazamiento de las deudas de los agricultores. Se convirtió en el primer político tailandés que obtuvo mayoría absoluta en el parlamento, y desde entonces ha ganado todas las elecciones con un margen decisivo, incluso desde el exilio. La otra novedad fue que verdaderamente cumplió sus promesas electorales. Enormes cantidades de dinero procedentes de la hacienda tailandesa, entonces en recuperación, eclipsaron por completo a los «proyectos de desarrollo de la corona», y el Palacio empezó a sentirse amenazado. Hasta el hecho de que su nombre se acercase tanto al del rey Taksin el Grande, ejecutado por la dinastía Chakri, provocaba cierta ansiedad en los miembros de la familia real. Acudieron al sistema judicial, principalmente monárquico y conservador, dado el control de los poderes legislativo y ejecutivo por parte de Taksin, y finalmente al ejército, que derrocó al gobierno mediante un golpe de Estado en septiembre de 2006. El nuevo régimen militar fue blando en comparación con sus predecesores, pero no consiguió más que juzgar a Thaksin *in absentia* y sentenciarlo a dos años de cárcel por corrupción. Cuando se celebraron nuevas elecciones, la versión refundada del Thai Rak Thai volvió a ganar, y dos apoderados de Thaksin ejercieron de primeros ministros. Fueron expulsados a su vez por activistas oponentes, los llamados Camisas Amarillas, que afirmaban defender a la monarquía; un «candidato de palacio» se hizo con el poder, y a él se opuso la movilización de los Camisas Rojas.

En el enfrentamiento entre Thaksin y la Corte, esta última cometió errores graves que delataban la debilidad característica de las dinastías en decadencia. El primero fue el de organizar una asombrosa campaña mediática que habría hecho palidecer a Kim Il Sung. Es difícil encontrar hoy en cualquier parte un espacio público sin los infinitos carteles publicitarios con imágenes del rey. Las «actividades benéficas de la monarquía», como obras de caridad, ceremonias y recuerdos de juventud del rey, se ampliaron enormemente, no siempre con el mejor gusto. En su mejor momento, Rama IX no había necesitado nada de esto, porque era verdaderamente popular. Su segundo error fue la expansión y la profundización sin escrúpulos de las leyes de lesa majestad, que son ahora las más represivas de todo el mundo monárquico: uno puede fácilmente ser condenado a veinte años de cárcel. El político monárquico Sondhi fue condenado a dos años de cárcel solo por repetir los comentarios hechos por una partidaria de Thaksin, a pesar de que la estaba denunciando por criticar a la monarquía. Decenas de miles de páginas de internet han sido suprimidas (en vano, porque los jóvenes desafectos

son tecnológicamente más diestros que sus enemigos, en su mayoría burócratas entrados en años). Los blogs abiertamente hostiles al Palacio han aumentado enormemente en una década. El problema de la sucesión, inherente a cualquier monarquía, se está haciendo cada vez más obvio para la ciudadanía en general. El rey tiene ahora 88 años y ha sido hospitalizado en repetidas ocasiones. Las vallas publicitarias anuncian otra historia (no reconocida): la mayoría de las fotos muestran al Rey solo, salvo quizá sus perros favoritos, desde la juventud hasta la ancianidad. Su esposa y sus hijos solo aparecen en fotografías ceremoniales. La Reina ha llevado su propia vida, mientras que el príncipe heredero de 63 años, que rara vez se deja ver, no tiene ningún prestigio popular, y la ausencia de imágenes hogareñas de padre e hijo delata las profundas disensiones entre ambos hombres. Por diversas razones, las tres hijas de la pareja real son candidatas poco probables al trono. Habría sido de esperar que el anciano gobernante anunciase en firme quién es su elegido para ser el próximo monarca, pero durante décadas no ha habido más que silencio. A menudo se dice que el rey Taksin el Grande, mientras esperaba la ejecución, profetizó que la dinastía de los Chakri expiraría en su décimo descendiente. Un mito, por supuesto, pero que permanece y duele.

¿Quiénes son los monárquicos fanáticos? Podría esperarse que procediesen de la burguesía capitalista, pero esto sería pasar por alto un factor crucial. En los pasados cincuenta años, casi todos los primeros ministros tailandeses han sido *lukchin*, como la propia monarquía. Pero esta «ascendencia china» compartida oculta amargas rivalidades entre *teochews*, *hokkiens*, *hakkas* y *hailameses*¹². El lado positivo de este fenómeno es que Tailandia nunca ha experimentado movilizaciones antichinas como las que han caracterizado la historia contemporánea de Malasia, Vietnam, Indonesia, Birmania y Filipinas. Los chinotailandeses capaces, acaudalados e inflexibles han logrado ascender, a condición de que mantengan con mucha discreción su «chinesidad», en especial durante el reinado de Rama IX. Recuerda un poco a la posición ocupada por los judíos acaudalados en la Viena de los Habsburgo o en el Londres de los Hanover. En las pasadas elecciones, resultó que el 78 por 100 de los escaños del parlamento tailandés estaban ocupados por miembros de etnia china, a pesar de que solo suponen el 14 por 100 de la población.

¹² Hasta la década de 1990, casi todos los primeros ministros eran de extracción *hokkien*, *hailamesa* o *teochew*. Thaksin y Yingluck Shinawatra son de origen *hakka*.

Sobre este telón de fondo, la pregunta es quién será el presidente de la República de Tailandia. Nadie lo dice de manera explícita, pero eso es exactamente lo que todos tienen en mente. Con el sistema de pequeños caudillos en cada uno de los territorios, eso provoca frustración para todos: pueden estar seguros de ganar en un lugar, pero no en otro. Los Rojos no logran penetrar en el territorio de los Amarillos, y los Amarillos no logran penetrar en el de los Rojos; el sur es amarillo y el norte, rojo. Otra dificultad es que nadie puede hablar en público de su identidad china, porque sería absurdo declarar que uno es chino, pero planea ser presidente de la república. Todos saben que lo son, pero no se considera apropiado decirlo. No hay otra salida, a no ser que a uno de ellos lo maten, o algo parecido. No nos engañemos pensando que la disputa política en Tailandia hace referencia a la democracia o nada por el estilo. Trata de si los *teochews* logran mantener su posición privilegiada, o si ha llegado el turno de los *hakkas* o los *hailameses*.